

FERNANDO ARIEL POZZAGLIO

# La noche oscura de un sonámbulo



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

“Debes convertirte en Caligari”.  
*El Gabinete del Doctor Caligari*

“Los monstruos son reales,  
los fantasmas también son reales.  
Ellos viven dentro de nosotros  
y algunas veces ganan”.  
STEPHEN KING

“Y si soy el mayor de los pecadores,  
soy también la mayor de las víctimas”.  
*El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*  
ROBERT LOUIS STEVENSON

“En la investigación criminal, el tiempo  
que pasa es la verdad que huye”.  
EDMOND LOCARD

# 1

Aquella noche, Francisco de la Cruz soñó con gritos ensordecedores que rebotaban en el paraíso oscuro y aciago de la nada. Apenas pudo distinguir unas voces casi fantasmales, como las de una mujer suplicando auxilio o piedad, desesperada, sufriente de dolores inenarrables, que perturbaban su alma cada vez que volvían a aparecer como recuerdo sonoro de aquel universo onírico. Se despertó con un fuerte dolor en la parte superior de la cabeza que le impedía abrir los ojos con facilidad en la penumbra de su cuarto que comenzaba, lentamente, a desvanecerse en la calurosa y pesada madrugada. El cuerpo le dolía más, como si hubiera corrido kilómetros de calles desérticas o escalado un cerro empedrado y empinado, como otrora, en aquel lugar soñado.

Se sentó en el borde de la cama de hierro, herrumbrada, que crujió con desdén, como si fuera a derrumbarse, buscando a tientas sus calzados, pero un dolor sempiterno y desgarrador en las costillas se lo impidió.

—Es lunes —pensó—, los lunes siempre son tristes y cuesta vivir el doble que otros días.

Se incorporó como pudo, con el dolor en el cuerpo y en la mente que se arremolinaba en las entrañas y en la punta de los pies. De inmediato, descubrió, sorprendido y aterrorizado, rastros de sangre en la palma de sus manos, que a esa altura ya estaban resecas y oscuras. Creyó que se había hecho un corte en alguna parte de su dolorido cuerpo, pero, aunque lo buscó a tientas y con malestar en cada recóndito de su ser, no ha-

lló herida alguna. Solo una mancha negruzca en las sábanas desteñidas por tantos y tantos años de uso y lavados. Su mente confusa no entendía nada. Quedó taciturno durante unos minutos, buscando una explicación a aquella situación rara que parecía sacada de una pesadilla, mientras el eco del ruido de las agujas del reloj retumbaba en la habitación roída por la humedad y el calor.

De repente escuchó, a lo lejos, gritos de personas que se alborotaban en el nuevo amanecer del pueblo de Santo Ángel. Luego de un rato, oyó la sirena de algo que no distinguió si era de una ambulancia urgente o del lento patrullero de la policía que pasaba cerca de la calle donde se hallaba su casa. Pensó que podría haber ocurrido un accidente en algún lugar cercano, aunque inmediatamente el malestar que lo doblegaba lo ensimismó en un aura de compasión por sí mismo.

Volvió a sumergirse en pensamientos oscuros que parecían venir de otro lugar, de otro mundo, de otra mente, de otro origen psíquico. Sintió miedo, un miedo agudo que le recorrió su columna vertebral, pasó por su cuello tieso y lastimó sus ojos hinchados y doloridos. El cuerpo se le estremeció de golpe y cerró los párpados pesados, quizás por el temor inconsciente de ver algún rostro en la penumbra de su habitación. Se acordó de la pesadilla que tuvo y recapitó en lo que significaba la muerte, en el abismo sideral, en la nada, en el universo vacío y frío. Pensó en si existiría la vida después de la muerte, si había un cielo, un infierno, un purgatorio, un limbo, algo que pudiera aseverar que seguiríamos, de alguna manera, vivos después de esta existencia llena de sufrimientos que nos ha tocado en desgracia vivir. La idea de desaparecer del cosmos y perder la conciencia en la nada infinita lo llenó de un terror existencial que devino rápidamente en una angustia crónica.

Vinieron a su cansada mente los recuerdos de las penas del infierno de aquel anónimo pintor, los terroríficos infiernos de Giotto y del Bosco, y su alma quedó arremolinada en un torbellino de desidia y pánico. Había visto las imágenes de estos retratos infernales en una enciclopedia añeja y de gran volumen cuando niño, y desde entonces, en sus noches de insomnio y de reflexión, con un claro miedo a la muerte, no podía evitar

pensar en aquellas expresiones de los condenados llenos de sufrimientos ocasionados por el abandono y los tormentos eternos que les esperaban.

Pensó en ese Dios escurridizo, silente, apático, intocable, inexistente. ¿Cómo un Dios podría, luego de hacer padecer infortunios en este mundo, condenarlos a sufrimientos eternos y dolores inenarrables? Ese Dios, acaso, ¿no conocía de los intersticios de la psiquis? ¿No sabía que el dolor a veces nos convierte en bestias? ¿Por qué permitía el dolor del alma y la tragedia imperceptible, si después, cual juez impertérrito, sentenciaba a la congoja sempiterna por los siglos de los siglos? Aquello parecía ilógico y triste, reflexionó aquel lunes nefasto.

Francisco de la Cruz caminó a tientas, como si fuera un muerto viviente, en dirección al cuarto de baño, húmedo y ardiente. El monótono sonido de las gotas al caer de alguna de las canillas carcomidas por la humedad marcaba su paso lento y plomizo. Se enjuagó el rostro que, en el reflejo borroso del espejo, se veía cansado y demacrado, como si no hubiera podido dormir en toda la noche. De repente, tras mirar su imagen, atónito durante algunos segundos, se sobresaltó. Pensó que no parecía aquella su cara, sino la de otra persona desemejante a él. Sus ojos eran como los de un desquiciado, como uno de aquellos vagabundos que deambulaban por las calles de aquellas grandes e indolentes ciudades. Había algo raro en su mirada. Lo turbó ver su rostro arrugado, de un color mortecino, cuajado por el tiempo astronómico; sintió como si hubiera envejecido de repente y una sensación de gerascofobia le amargó su existencia.

Pudo percibir una herida en la parte derecha de su mentón, como si se hubiera cortado con un objeto punzante. Si bien no sangraba, habían quedado manchas de sangre en la piel de su rostro, su cuello y su hombro. Se lavó como pudo, con apuro, con desánimo, sin entender absolutamente nada, como si todo fuera parte de un rompecabezas incoherente, producto de las piezas faltantes.

—Es lunes —se repitió. —Maldijo en voz alta, tomándose la cabeza de golpe al sentir que sus sesos se fragmentaban en mil partes.

Como pudo, siguió viviendo aquella mañana, inseguro de llegar vivo a su destino. Desayunó mal y poco. Un café aguado y unas rodajas hechas

con pan añejo de vaya a saber uno de cuántos días. Miró el reloj antiguo de la pared que seguía su andar astronómico y observó que faltaban cinco minutos para las seis y media de aquella rara mañana. Una mañana más de las miles de millones que ya existieron en un universo arcaico. ¿Qué tendría de especial una mañana más?

El sol ya se había presentado insolente en el horizonte, tras los montes milenarios que engalanaban la región, y con sus rayos ardientes comenzaba a envolver el pueblo de Santo Ángel, todo lo cual hacía pronosticar que habría de hacer demasiado calor aquel día de febrero. El viento tórrido y seco del norte comenzaba a colarse por la ventana semiabierta de la casa de Francisco de la Cruz, que continuaba ensimismado y sentado frente a la mesa. Contemplaba, aturdido, el horizonte que no existía. Dolía vivir.

Se dispuso a salir de su hogar para ir a su labor, inocente, ajeno a toda realidad macabra que lo circundaba, en el obraje que quedaba a más de un kilómetro de su residencia y donde hace más de una década trabajaba. No lo supo entonces y, creo, no lo sabría nunca en su vida, que aquella madrugada había asesinado con sus propias manos a la mujer que amaba.

## 2

El cuerpo de aquella mujer se hallaba inerte, callado, inmutable, tendido sobre el piso ajedrezado del comedor de su hogar. La muchacha, que se encontraba lacónicamente sin vida, se llamaba Carlina Sequeira y, pienso, que no logró entender nunca su muerte. Estaba vestida completamente, aunque parte de su ropa se hallaba rota y sucia por la tierra y por la sangre cuajada de su propio cuerpo. Tenía colocada solo una de las sandalias con las que había calzado sus delicados pies, ya que la otra, la del lado izquierdo, se había extraviado en alguna parte del cuarto. La había perdido, más que seguro, en el feroz ataque que había recibido hacía unas escasas horas. La desprolijidad de la escena del crimen se acentuaba con los manchones de sangre que se hallaban dispersos por todas partes, por las sillas rotas y desparramadas, y por la mesa corrida, aparentemente, de su lugar original.

Una vecina había encontrado recientemente el cadáver, al pasar, muy temprano, por la callejuela frente a la casa de la muchacha, cuya puerta se encontraba abierta, de par en par, lo que llamó la atención de la señora. Pese a la sempiterna tranquilidad e inexistente inseguridad del pueblo, la vecina había notado algo raro en aquella situación. No pudo resistir la tentación y se acercó con premura y sigilo a la casa, de puertas abiertas, que la invitaba, sin saber por qué, a acercarse y ser testigo impensado de aquella escena macabra. Fue al ver el cuerpo de Carlina derribado, producto de una muerte tan lacónica como triste, cuando aquella señora